

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA CAMARA DE SENADORES

QUINTO PERIODO EXTRAORDINARIO DE LA XLIV LEGISLATURA

53ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDEN EL LICENCIADO HUGO FERNANDEZ FAINGOLD Y
(Presidente)
EL SEÑOR SENADOR WILSON SANABRIA
(Primer Vicepresidente)

ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES SEÑOR MARIO FARACHIO Y LICENCIADO JORGE MOREIRA PARSONS

S U M A R I O

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, 20 de diciembre de 1999.

La CAMARA DE SENADORES se reunirá en sesión extraordinaria mañana martes 21, a la hora 15 y 45 minutos, a fin de hacer cesar el receso y tributar homenaje al periodista Eduardo Ferrer De Ezcurra.

Jorge Moreira Parsons
Secretario

Mario Farachio
Secretario."

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores Senadores **Arismendi, Astori, Atchugarry, Bentancur, Bergstein, Caviglia, Cid, Couriel, Chiesa, Chiruchi, Dalmás, Gandini, Garat, García Costa, Gargano, Irurtia, Iturria, Korzeniak, Mallo, Michelini, Millor, Pais, Pereyra, Pozzolo, Ricaldoni, Sarthou, Segovia** y **Virgili**.

FALTAN: con licencia, los señores Senadores **Heber** y **Hierro López** y, con aviso, el señor Senador **Santoro**.

3) LEVANTAMIENTO DEL RECESO

SEÑOR PRESIDENTE.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 16 y 11 minutos)

-El Senado ha sido convocado a fin de hacer cesar el receso y tributar homenaje al periodista Eduardo Ferrer De Ezcurra.

Se va a votar si se levanta el receso.

(Se vota:)

-26 en 26. **Afirmativa**. UNANIMIDAD.

4) SEÑOR EDUARDO FERRER DE EZCURRA. Homenaje a su memoria.

SEÑOR PRESIDENTE.- Se pasa a considerar el punto que ha motivado la convocatoria: homenaje a la memoria del periodista Eduardo Ferrer De Ezcurra.

SEÑOR KORZENIAK.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR KORZENIAK.- Señor Presidente: creo que interpreto el sentir de todos los miembros del Senado si comienzo por afirmar que el fallecimiento del amigo Eduardo Ferrer, un gran periodista, un gran informador, un gran formador y un estupendo amigo, nos ha consternado a todos.

Hace muchos años, Eduardo Ferrer era un periodista en este Parlamento y aunque se han institucionalizado en los últimos años las licenciaturas, las maestrías y hasta los doctorados en ciencias de la comunicación, me parece que uno de los periodistas maestros que enseñaron periodismo, dentro y fuera de este recinto desde sus artículos, era precisamente Eduardo Ferrer.

Tuve el privilegio de cultivar una amistad muy estrecha y cálida con Eduardo Ferrer; tuve el privilegio de compartir con él reuniones familiares y aún tengo el agrado de gozar de la amistad de su esposa Mercedes y de sus hijos.

En consecuencia, la noticia de su fallecimiento, no por esperada -el mal que lo aquejaba en los últimos dos meses lo estaba debilitando de una manera rapidísima- dejó de provocar un impacto de tipo emocional. Probablemente, me haya enterado de su fallecimiento una, dos o tres horas después de ocurrido y, sin duda, en esos momentos, aparte de la emoción que se siente, uno puede optar entre recordar a Eduardo Ferrer ya con su salud quebrantada, o al Eduardo Ferrer vital, enseñando periodismo o animando una reunión cuando, con una voz muy melodiosa por cierto, entonaba algunos hermosos tangos, muchos de ellos de su propia autoría.

Como es notorio, no es fácil para quien se mueve en el ámbito del periodismo, para los trabajadores de la comunicación, ser puramente informadores. Una especie de impulso, a veces subconsciente, los lleva a ser informadores y en otras ocasiones, sin quererlo o queriéndolo, formadores de opinión.

Quiero decir que conozco la trayectoria periodística de Eduardo Ferrer. Trabajó en órganos de prensa de las más diversas ideologías, desde el diario “El Día”, donde estuvo mucho tiempo, pasando por “La Mañana”, colaborando últimamente con el semanario “Patria” y escribiendo artículos en varias otras publicaciones, algunas conocidas y otras no, por lo menos, como artículos de Ferrer. En cualquier caso, independientemente de las orientaciones de las direcciones de esos diarios, semanarios y mensuarios -y sé que también trabajó en un anuario- Eduardo Ferrer escribía con la maestría de un periodista de verdad, no de pergamino, y enseñaba lo que sabía de su profesión, que era mucho, a todos sus colegas jóvenes que más de una vez lo tuvieron como consejero, incluso en temas ajenos al periodismo. Todos pudimos apreciar esto. Naturalmente, esa personalidad tan enriquecida, con una veta dialéctica muy importante, hace que quienes pensemos en él, luego de que su esposa nos comunicó su fallecimiento, en medio de la emoción se nos haya creado una interacción también dialéctica entre por lo menos los dos Ferrer que seguramente había en esa personalidad tan especial, rica y cálida. Era un hombre dialéctico en sí mismo, de una enorme coherencia hacia sus amigos, pero con una gran dosis de contradicciones internas que, lejos de aplacar su instinto de periodista, lo hacía producir con una mayor riqueza, incluso gramatical.

Todos los señores Senadores sabemos que Ferrer no usaba grabador cuando entrevistaba, sino que anotaba y luego reproducía con una fidelidad excepcional lo que había escuchado. Posteriormente, la suerte corrida por sus artículos no siempre era la misma que él quería, porque a veces otros factores, que no dependen del trabajador de la comunicación, incidían para que un título, por ejemplo, no fuera exactamente el que él había deseado.

Ferrer también enseñó periodismo en varias instituciones -aspecto éste que no es muy conocido porque, naturalmente, los últimos años se caracterizan por las licenciaturas más organizadas- algunas de las cuales conozco. Es una especie de desahogo pensar cuando junto con algunos de sus familiares lo acompañé -ya en los últimos meses, con la enfermedad en un estado avanzado- a visitar a un eminente oncólogo de nuestro país. En esa oportunidad, en una conversación muy peculiar, Ferrer, casi sin voz, con una cuerda vocal destruida por la enfermedad, preguntaba como si estuviera haciendo periodismo. En determinado momento, hizo una pregunta que puede emocionar a muchos y que es inolvidable. Cuando se producen esas contradicciones en la mente, que todos podemos tener y que no siempre confesamos, cuando seguramente vaciló entre una muerte segura y una posibilidad de vida, su pregunta no fue si iba a vivir, sino si alguna vez iba a poder cantar de nuevo. Esa escena no dejó de impresionarme, la tengo muy vívida. Días pasados la recordé con mi amiga Mercedes, la viuda de Ferrer. Pienso que en el fondo revelaba esa riqueza dialéctica de su personalidad. Los seres humanos son muy comple-

jos, pero algunos son buenos y otros no lo son demasiado. Ferrer era un hombre extraordinariamente bueno. Me he honrado con su amistad. Siento tremendamente la desaparición de este amigo.

No tengo más que decir que envío un apretado abrazo a toda su familia, amigos, colegas y a todos los órganos de prensa a los cuales él le hizo el honor de escribir.

Finalmente, señor Presidente, aunque mi estado emocional no me permite hilar más conceptos, quiero decir que hace unos instantes la Asociación de la Prensa me envió una carta. Como sé que seguramente esta nota será compartida por todos los señores Senadores, no le voy a dar lectura, pero deseo que se incorpore -fue el pedido concreto de los señores integrantes de la Asociación de la Prensa cuando me la entregaron- a la versión taquigráfica de esta sesión. De manera que si la Presidencia comparte este criterio, procederíamos de esa forma. Si le diera lectura, me sentiría como una especie de plagiario de una nota tan bonita y bien redactada. Por tanto, voy a entregarla a la Secretaría.

Para terminar, no quiero dejar de recordar que Eduardo Ferrer, en un período legislativo -si no me equivoco, el último de la penúltima Legislatura- fue la persona que en los hechos, creo que bajo la Presidencia del entonces representante Cantón, organizó un seminario para mejorar el trabajo parlamentario. Dicho seminario tuvo resultados muy buenos. Él trabajó con gran entusiasmo, inteligencia y, en los hechos, fue el "factótum" de dicho seminario. Tuve el privilegio de participar en él; invitó a mucha gente y creo que constituyó un aporte muy importante. A veces, los Legisladores deberíamos leer algunos de esos materiales que quizás nos permitan mejorar la imagen de este Parlamento. De esa manera, podremos recordar a Eduardo como a alguien que no se limitó a levantar noticias de lo que pasaba en el Parlamento, sino a aportar para que éste fuera mejor de lo que es.

Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE.- Así se hará.

(Texto de la nota cuya inclusión en la presente versión taquigráfica ha sido dispuesta por el señor Presidente a pedido expreso del señor Senador Korzeniak)

"Montevideo, 21 de diciembre de 1999.-

Ante la muerte de Eduardo Ferrer, la Asociación de la Prensa Uruguaya-Sindicato de Trabajadores de la Comunicación Social (APU-STCS) hace público su profundo pesar y desea expresar su fraterna solidaridad a sus familiares y amigos.

Eduardo, a quien hoy le tocó perder esta última batalla, ganó muchas en su fecunda vida. En especial, la que refiere al relacionamiento humano que lo tuvo -entre sus pares- como uno de sus mejores cultores.

Eduardo fue un afiliado a APU y un colaborador de los que siempre están cuando el sindicato los necesita. Su militancia fue su ejemplar forma de vida, su respeto y solidaridad para con sus semejantes y su perfeccionismo en la tarea periodística, una de las múltiples formas de jerarquizar la profesión.

El destino templó un hombre digno de respeto, de decir sereno y convincente, de prosa exquisita y sensible en la interpretación del sentir popular. En este terreno, las publicaciones para las que laboró supieron de sus virtudes profesionales, basadas en una apreciación clara y sencilla de los hechos y llevadas a las viejas cuartillas de los diarios mediante un lenguaje directo y objetivo.

El tango fue otra de sus pasiones y Eduardo aportó a este género musical letras, interpretaciones y crónicas, algo que no siempre es fácil conjuntar con la idoneidad propia de sus elegidos.

Para quienes integramos APU, la dedicación permanente para el logro de los objetivos, es la mejor forma de mantener viva la imagen de Eduardo Ferrer, un compañero respetuoso y respetado.

Manuel Méndez — Presidente
Roberto Etcheverry Delmonte — Secretario General"

SEÑOR MILLOR.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR MILLOR.- Señor Presidente: creo, con toda franqueza, que la anécdota que contó el señor Senador Korzeniak -que yo no conocía y que me ha conmovido profundamente- pinta de cuerpo entero lo que era Eduardo Ferrer. Sin haber vivido ese momento, que tiene que haber sido muy duro para quienes lo acompañaron, me lo puedo imaginar realizando esa pregunta en su calidad de periodista, tal vez interesándose más por el canto que por su propia vida.

El señor Senador Korzeniak planteaba esa disyuntiva tremenda de recordar al Ferrer vigente, vigoroso, sano o al Ferrer ya aquejado por la enfermedad. Por suerte no tengo que pasar por la segunda alternativa, porque los avatares políticos de los últimos meses hicieron que -lo digo con sinceridad- casi no tuviera oportunidad de ver a Ferrer enfermo; sí lo vi un par de veces con una afonía muy fea. Me explicó lo que hasta ese momento sabía de su propia enfermedad, pero las vivencias que yo tengo son del Ferrer entero, vigente. Más allá de la relación del parlamentario con el periodista que cubría el Parlamento, tuve la suerte y el honor de haber departido muy extensas conversaciones, aderezadas por algún cortado o algún cigarrillo, en mi despacho o fuera de él, cuando terminada la nota, yo dejaba de ser el parlamentario y él el periodista, y sólo quedaban vigentes los seres humanos que podían compartir esperanzas, proyectos de país o aficiones deportivas, aunque

podíamos discrepar en todos estos temas que son tan uruguayos como la política y el deporte.

(Ocupa la Presidencia el señor Senador Wilson Sanabria)

Digo con toda franqueza que esta es una de las pérdidas que en lo personal me afecta mucho porque yo me consideraba amigo de él. Tal vez sea testimonio de esa amistad esas largas conversaciones en las cuales se abordaban todos los temas. Ferrer tenía una cultura inagotable y no era un "talenteador", porque cuando hablaba de un tema era porque realmente lo conocía, ya sea porque lo había leído o porque lo había vivido, que de pronto es más importante que leerlo. Quiero decir con toda franqueza, repito, que para mí es un golpe tremendamente duro, pero creo que mucho más duro es para el periodismo uruguayo y para el Parlamento, donde él cumplía sus funciones. También es un golpe duro para algo que tal vez sea difícil expresar con palabras: para una forma de Uruguay. Muchas veces hablamos con Ferrer sobre el Uruguay -él tenía algún año más que yo- que conocimos, sobre aspectos de nuestro país que se fueron perdiendo, sobre cosas que son difíciles de recuperar, y creo que buena parte de esos elementos que tratamos de recuperar -que fuimos perdiendo por el camino- que hacían a un tipo de sociedad, a una forma de convivencia, y a una manera de ser de todos nosotros, más allá de las diferencias políticas, se nos van, no quiero decir con el último periodista, porque sería una injusticia tremenda con los que quedan, pero sí con uno de los grandes periodistas que el pasado nos había dado a quienes entramos en contacto con el periodismo en este presente.

Como ya se ha dicho, era una pluma de un talento difícil de emular, pero más allá de ello, era una caballero en todo el sentido de la palabra. Con Ferrer nunca fue necesario delimitar expresamente en esas largas conversaciones, lo que era nota y lo que era conversación entre hombres, porque tenía la sabiduría, el don de gentes de estar diciendo, sin expresarlo, que conocía perfectamente cuáles eran los límites. Creo que si eso jugó para con quien habla, pienso que también jugó para con todos los Legisladores por cuyos despachos pasó. Repito que tenía ese don de gentes que, lamentablemente -lo digo con dolor y sin hacer una crítica a nadie- antes era moneda común, corriente, en este país, pero que con el tiempo se ha ido perdiendo. Era un caballero con mayúscula en todo el sentido de la palabra, era un ser en el cual se podía confiar, era una persona que cuando se daba por amiga no convertía la amistad en el favoritismo periodístico. Asimismo -eso lo sentía profundamente- tenía un respeto por la forma de pensar de cada uno, al tiempo de que planteaba sus discrepancias en forma muy afable.

En estos 15 años, señor Presidente -pongo de testigo a todos los periodistas que han pasado por aquí- nunca le pregunté a un periodista a qué partido político votaba, votó o vota en el presente. Esas largas conversaciones que empezaban en lo deportivo -entre tantas virtudes, algún defecto se tiene: Ferrer compartía con el señor Senador Korzeniak su pasión por el Club Atlético Defensor- después derivaban en otros temas. Por iniciativa del propio Ferrer, un día me contó su periplo electoral -por decirlo de alguna manera- a lo largo de su vida. Uno tiene por costumbre no preguntar al profesional por quién vota, y si éste le dice cuál es su inclinación política, es muy difícil, a partir de ese momento, mantener el mismo grado de relacionamiento. Sin embargo -seguía las crónicas de Ferrer porque era una pluma mayor, superior- en ninguna crónica que he leído en los diferentes órganos de prensa donde escribió este periodista, pude intuir un atisbo de apartamiento de lo que es la objetividad que debe primar en lo que un periodista le traslada a la ciudadanía. Como se ha dicho aquí, un periodista es un informador y un formador de opinión, y para serlo tiene que ser objetivo. Pero detrás del periodista está el ser humano, y todos los periodistas votan por alguien. El señor Ferrer tenía el coraje -sin que se lo preguntasen- de decir por quién había votado y los diferentes cambios que había tenido en ese sentido. Sin embargo, repito, nunca vi en ninguna de sus crónicas un apartamiento de lo que nosotros y la gente le pide al periodismo nacional: el ser objetivo, ecuánime, el dejar a un costado sus sentimientos políticos, permanentes o coyunturales.

Más allá de las virtudes que se han señalado en Sala, Ferrer era un hombre con un sentido del humor realmente impresionante. En este mundo moderno, valoro mucho la gente que conserva, en el medio de estas tormentas, el sentido del humor. Uno podrá coincidir o discrepar. Discrepar con una persona que carece de sentido del humor debe ser algo terrible en los tiempos que corren; discrepar con una persona que conserva esa veta del humor sano, en este mundo difícil, es hasta un placer. En la coincidencia, todo es más simple, pero cuando se discrepa, siempre es posible una coincidencia cuando se busca la faceta buena a las cosas que alguien puede considerar malas. Repito que Ferrer tenía un sentido del humor del cual muchos han sido testigos o víctimas; los apodos de Ferrer son memorables y van a quedar inscriptos en la memoria de algunos de nosotros y, en especial, de algunos de sus colegas periodistas y también, por qué no decir, de algunos colegas parlamentarios porque, en definitiva, somos todos trabajadores. El periodista necesita de nosotros para poder cumplir con su labor, y nosotros necesitamos de ellos para que trascienda nuestro trabajo.

También quiero destacar su vocación por la música y por el tango.

En nuestro sector tenemos la costumbre -que, creo, tienen muchos sectores políticos- de realizar a fin de año una fiesta de camaradería con los trabajadores de la prensa. Al menos en la nuestra están prohibidos los discursos por parte nuestra y los reportajes de los periodistas, porque es el único día del año en que nos juntamos para divertirnos; solemos llevar algunos números artísticos y después empieza el verdadero show, que es el que los propios periodistas hacen. Precisamente, el principal animador era Ferrer, porque era buen cantor, buen "decidor", buen recitador y buen humorista en el sano sentido de la palabra. Permítame el señor Senador Couriel que recuerde la anécdota del día que fuimos, con un grupo de funcionarios de esta Casa, a un "bolichón" cercano al Palacio Legislativo. En esa

reunión coincidió que estábamos presentes: don Eduardo Ferrer, el señor Senador Couriel, quien habla y, reitero, un conjunto de funcionarios del Palacio Legislativo; el animador en la parte humorística era Ferrer y en la parte sonora el Senador Couriel , por la voz que todos le conocemos. Sin embargo, había un grupo de estudiantes liceales que no entendían que dos Senadores de partidos políticos muy distintos estuvieran compartiendo, en la misma mesa, momentos que, evidentemente, eran de camaradería. Además, si no me equivoco, era un grupo de estudiantes bastante numeroso. En determinado momento, Ferrer -que era el más veterano de todos- con esa bonhomía que lo caracterizaba, pidió para hablar en ese "bolichón" a toda la concurrencia del lugar, fundamentalmente a los estudiantes. Entonces, comenzó a explicarles que lo que veían en la mesa tenía mucho significado, porque eran trabajadores con Senadores y Senadores que, de pronto, estaban en las antípodas, y que ese era el Uruguay que había conocido pero que, lamentablemente, esos gurises no habían logrado asumir todavía, aunque él tenía la esperanza de que de ese Uruguay volviera. ¿Cuál era ese Uruguay? No era un Uruguay exento de pasión, sino en el cual había excedente de tolerancia; cuando hay tolerancia demás en un país, es posible ese bagaje tan rico de la pasión, que también es necesario para que la gente defienda con dignidad sus principios. Sin pasión no se puede defender lo que uno cree, pero cuando junto con la pasión no hay tolerancia, de pronto la pasión transita por senderos que no son los más adecuados.

Digo con sinceridad que el señor Senador Korzeniak me hizo reparar en esos dos Ferrer. Por suerte, no pasé por esa situación, porque la etapa del Ferrer enfermo solamente la viví en dos oportunidades, hace unos tres meses, y me impresionó muchísimo. Recuerdo al Ferrer vital y afirmo, con total sinceridad, que su muerte es una pérdida para ese Uruguay que yo también llegué a conocer y que entre todos vamos a recuperar; también es una pérdida para esta Casa y para estos periodistas muy jóvenes que siempre, en las conferencias de prensa -cada profesión tiene su código- le dejaban hacer la primera pregunta al señor Eduardo Ferrer. No importaba el tiraje del medio de prensa para el cual trabajaban; siempre lo dejaban hacer la primera pregunta. Eso, en el código de una profesión tan noble como es el periodismo, tiene un significado, que es el del respeto de los más jóvenes -como lo son los que cubren las noticias del Palacio Legislativo- al veterano que tiene mucha trayectoria, que ha recorrido muchas páginas escritas y gran cantidad de cosas para transmitir y enseñar.

Insisto en que, si bien en lo personal esta es una pérdida grande , más aún lo es para el país, para el Parlamento y para el periodismo. Creo que hace unos años tuve oportunidad, por teléfono, de hablar con su familia, a la que le extiendo un emocionado y apretado abrazo, así como también les hago llegar las condolencias y la tristeza personal porque, más allá de las pérdidas colectivas, siento que se me ha ido un entrañable amigo.

Nada más. Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE (Sr. Wilson Sanabria).- Tiene la palabra el señor Senador Bergstein.

SEÑOR BERGSTEIN.- Señor Presidente: si bien conocíamos desde hace tiempo a Eduardo Ferrer, fue en estos años que tuvimos la oportunidad de trabajar en esta Casa, cuando se desarrolló -en cierto sentido- una relación que comenzó haciendo cada uno lo suyo: él, un avezado periodista; quien habla, un neófito Legislador.

Recuerdo mi espanto cuando vino a hacerme la primera nota y vi que no tenía grabador, como recordaba el señor Senador Korzeniak. Me dijo: "va a ver que no es realmente necesario". No fue necesario en aquella oportunidad ni en muchas otras, donde más que el entrevistador fue, en más de un sentido, un orientador, porque luego de tomar alguna respuesta podía decir "mirá, con eso vas a provocar un incendio" y sugería una modificación en una nota que estaba haciendo a quien -aunque no corresponda hacer referencias personales- no era un protagonista político de primera línea, como es el caso de quien habla. En sucesivas oportunidades nos llamaron la atención algunas facetas infrecuentes.

En primer término le llamaban la atención algunos aspectos de las discusiones parlamentarias que, para otros, si bien no pasaban desapercibidas, no eran motivo para someterlos a la consideración de la atención pública. Siempre nos pareció que eso era producto del amor y respeto que Ferrer tenía por la labor parlamentaria, lo que le hacía dar importancia a algunas cosas o temas que evidentemente podían no tener la misma importancia para la opinión pública. Así fue que recogió en sucesivas notas aspectos que, de otra manera, hubieran pasados desapercibidos, quizá retomando el concepto de Rodó cuando ponía al periodismo en su verdadero nivel y decía que, bajo la apariencia de lo efímero, es la fuerza motora de la sociedad, porque a veces la labor del periodista es como la gota de agua que horada la piedra y, de tal manera, va formando sucesivas generaciones.

Ferrer era una figura emblemática de la prensa escrita, utilizando una expresión que a él no le gustaba; él sostenía que decir "prensa escrita" era un pleonasmo, porque la palabra "prensa" por sí sola debía usarse sólo cuando es escrita, por lo que significa "prensa" como sustantivo. De todas maneras, es interesante ver cómo él asumía, junto con esa afición por la labor que se desarrollaba en este recinto, su preocupación por lo que él entendía que debía ser el periodista. Hace unos pocos minutos, el señor Senador Millor hizo referencia a ese código no escrito que hace a los auténticos caballeros, y él siempre supo cuándo no atravesar la línea, actuando con esa modestia, con ese donaire, con esa discreción y generosidad, al punto que, a veces, intentando dar mayor resonancia a nuestra voz, por su cuenta -cuando íbamos a hacer una nota- invitaba a colegas suyos para que hubiera más personas que participaran, porque no somos por lo general convocantes de conferencias de prensa y él, por propia iniciativa, armaba el escenario más adecuado.

Voy a terminar mi exposición citando estas palabras: "Hombres modestos: vosotros prestáis suavidad y encanto a la vida; pensáis que nada poseéis y yo os aseguro que lo tenéis todo. Creéis que no humilláis a nadie y en verdad humilláis a todos. Cuando os comparo con los soberbios que veo por doquiera, mentalmente los hago descender de su estrado y los hago arrodillarse ante vosotros".

Estas líneas, señor Presidente, no nos pertenecen; las escribió Montesquieu en una de sus célebres "Cartas Persas", en las que satirizó la fatuidad de la vida social de aquella época. Leyéndolas y releyéndolas, me parece que Montesquieu las debe haber escrito pensando en personas como Eduardo Ferrer.

Muchas gracias.

SEÑOR RICALDONI.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE (Sr. Wilson Sanabria).- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR RICALDONI.- Señor Presidente: ayer, cuando en la reunión de coordinadores surgió, espontáneamente, la idea de hacer lo antes posible esta sesión extraordinaria de homenaje a don Eduardo Ferrer, creo que quienes estábamos en ella, más allá de compartir esa idea -no importa de quién fue- sentimos que era bueno tomar esta reunión como una especie de reflexión en voz alta sobre el papel de la prensa.

Creo que no descubro nada si digo que sin una prensa política honesta y libre como la que por fortuna tenemos en nuestro país, no hay instituciones confiables en el sistema de una nación.

Estoy recordando lo que expresaron los señores Senadores Korzeniak, Millor y Bergstein. Todo lo que se ha dicho fue expresado con justicia y sin faltar a la verdad. No es mucho lo que se puede agregar -dado lo pobre que habitualmente es el lenguaje que uno tiene- para sumarse dolorosamente, pero al mismo tiempo obligadamente, a este homenaje que quedará en el recuerdo de su familia y de los integrantes de este Senado.

Cualquiera de nosotros empequeñecería su adhesión a este justísimo homenaje si pretendiera hablar en nombre de un sector político. Siento que hoy todos los que estamos haciendo uso de la palabra lo hacemos despojándonos de todo aquello que poco importa cuando se trata de despedir, desde una banca parlamentaria, a alguien con quien hemos convivido permanentemente.

Se ha hablado mucho -y no sólo en esta sesión- de la forma en que don Eduardo Ferrer ejercía el periodismo. Sin duda, su personalidad abarcaba aún más facetas de las que han sido resaltadas, tan acertadamente, por parte de los señores Senadores preopinantes. Obviamente, su trato hacia nosotros era respetuoso y caballeresco y, por supuesto, nosotros no podíamos menos que ser respetuosos y caballerezcos con él porque, al fin y al cabo, ello no era más que corresponder a ese trato señorial con el que nos gratificaba, cada vez que teníamos el privilegio de encontrarnos con él. Pero también tenía el mismo trato con los que colaboran con nosotros en nuestros despachos. Puedo decir que vi lágrimas en mi Secretaría, tanto de mi señora como de mis otras secretarias, quienes no se consolaban por esta pérdida que todos sentimos. Digo esto, porque Ferrer dispensaba el mismo trato al Senador -que, se podía pensar, era el objetivo de su presencia en la antesala de nuestro despacho- que a los demás integrantes de la Secretaría. Tenía, para con todos, una actitud cálida y profundamente humana. Asimismo, exhibía un gran sentido del humor, que muchas veces nos hacía sentir cuán grotesco o ridículo es nuestro acartonamiento, o nuestras actitudes dirigidas, a través de un medio de difusión, a algún colega perteneciente a otras tolderías a fin de que entendieran determinado mensaje. Personalmente, aprendí con Ferrer, o traté de hacerlo, que si bien muchas veces eso es inevitable, quienes tenemos el privilegio de acceder a los medios de difusión, no debemos utilizarlos para dirigirnos a otras tiendas o a otros actores políticos olvidando que nuestro mensaje debe estar dirigido, esencialmente, a una opinión pública a la que nos debemos diariamente, nos guste o no lo que tengamos que expresar.

Desde hace muchos años, yo lo denominaba "el Decano". Veo hoy en la barra dos periodistas amigos míos -uno, del diario "La República" y otro, de "Ultimas Noticias"- que, si bien no eran los únicos, sí fueron de los que más venían a mi despacho junto con Ferrer. Recuerdo que Ferrer me decía: "Personalmente, soy el más viejo, pero acá adentro no soy el Decano". A ello, yo le respondía: "Aunque acá adentro usted no sea el más viejo, es el Decano porque todos sentimos que usted tiene algo diferente a los demás periodistas y también algo diferente a lo que a veces exhibimos quienes estamos en el sistema político". Era muy significativo y agradable ver que sus propios compañeros periodistas le daban la derecha para iniciar los reportajes. Siempre tuve la sospecha -más que sospecha era la seguridad, por lo menos para mí, ya que no puedo hablar de su relación con los demás señores Legisladores- de que había una cordial, honesta y transparente concertación entre todos ellos para preguntar algunas cosas y para que el que iniciara el interrogatorio fuera, justamente, don Eduardo Ferrer. Cuando ello no ocurría, llamaba la atención y cuando, por el contrario, ello sucedía, uno sentía que había cierta forma, no digo de liderazgo, pero sí de reconocimiento implícito, tácito, de parte de todos sus compañeros, de que Ferrer era una persona muy especial, no sólo dentro del periodismo, sino también fuera de él. Siempre me llamó la atención su libretita de apuntes y sus garabatos rápidos.

Alguna vez le comenté a Ferrer que para mí esa ausencia de tecnología y de grabador en sus reportajes era una forma de demostrar -quizá, sin que él tuviera conciencia de ello- que siempre se había resistido a lo que se vivió mucho en nuestro país desde 1973 hasta 1985 y que luego continuó inevitablemente -no podía ser de otra manera- entre los periodistas jóvenes: por las dudas, tener grabado lo que se pregunta y lo que

se contesta, porque eran tiempos difíciles, especialmente, para la prensa libre uruguaya. El grabador, más que un registro de la fidelidad de lo que se preguntaba y contestaba, era también una especie de seguro para no correr riesgos innecesarios en torno a una fuente de trabajo que muchos debían conservar, sin claudicar de sus principios, para mantener a una familia.

Eso de Ferrer, su libreta de apuntes y su lapicera, para mí fue un símbolo que nunca olvidaré de un periodista lleno de energías, de un periodista aferrado a sus principios y a sus ideales.

Sí, entonces, un maestro de periodistas. Pero sobre eso poco puedo yo decir, ya que sólo por accidentalidad, de tanto en tanto, he ingresado a la actividad periodística, al menos, hasta ahora. Quiero decir, porque me sale del fondo del corazón , que también fue un maestro de algo sobre lo cual debemos guardar una gratitud sin límites: nos enseñó a entender a los señores periodistas. ¿Por qué? Porque conociéndolo a Ferrer también conocíamos lo que era un verdadero periodista. Creemos, pues, que hemos aprendido a entender al periodista y, sobre todo, a comprender el porqué de esa función y, también, de la necesidad -lo digo una vez más- que tiene el sistema institucional del país, no los que ocasionalmente estamos en la vida pública, de entablar una especie de comunicación con caminos de ida y vuelta entre quienes quieren saber -y por eso preguntan y hacen periodismo- y aquellos que creemos que, de vez en cuando, tenemos algo que decirle a la opinión pública.

No será fácil imaginar un sistema político sin una persona como don Eduardo Ferrer.

Cuando dentro de un par de meses me retire de esta Casa, habrá algunas personas y cosas que extrañaré. Soy consciente, sin embargo, que algunas de las personas y cosas que extrañaré si las quiero tocar o ver, podré hacerlo. Sin embargo, habrá otras que no podré ver o tocar al menos en esta vida. Digo, entonces, señor Presidente, que al que habla le va a ser muy difícil imaginar a un Senado, a una oficina de prensa donde se reúnen los periodistas, a una institución como este Poder Legislativo, sin un Ferrer actuando como periodista y acercándose siempre, como gran ser humano que era, a quienes nos acostumbramos tanto a su trato permanente. Vamos a sentir pues que aquí, estemos o no -que es lo de menos- habrá algo muy importante que nos estará faltando.

SEÑOR MICHELINI.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE (Sr. Wilson Sanabria).- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR MICHELINI.- Señor Presidente: son duras estas sorpresas tan dolorosas que da la vida, como lo es -y uno no se lo imagina- el fallecimiento de Eduardo Ferrer.

No es común que el mundo político, en este caso, la Cámara de Senadores, rinda homenaje a un periodista. En general, el ambiente del periodismo y el político no siempre van de la mano; a veces tienen hasta conflictos o intereses contrapuestos. Quienes ejercemos los cargos públicos siempre somos mirados con lupa desde el periodismo, y está bien que así sea.

No es común, entonces, como decía, que un órgano de esta envergadura, como es el Senado de la República, haga un alto en el camino para homenajear a uno de esos hombres -más allá de que existe una relación y un contacto- que pertenece a un mundo que no es el nuestro y que permanentemente nos está observando.

Creo que Eduardo Ferrer tuvo la virtud de ser una persona muy especial, no sólo por sus dotes de periodista a que se han referido los señores Senadores que me precedieron en el uso de la palabra, sino también por su don -no son muchos los seres humanos que lo poseen- de la ubicación. Eduardo sabía darse lugar y también darle lugar al otro, respetar cuando correspondía, ser cantor y animador algunas veces, tema del que ya se ha hablado. Quiero decir, sin pretender invocar una amistad que no tuve, que ese don de la ubicación también lo llevó a tener complicidad con muchos de los que estamos aquí, también cuando correspondía.

Cuando saliendo del rol político y periodístico lanzaba una frase, hacía un comentario o daba un consejo, Eduardo nos trasmitía a algunos de los que estamos aquí una opinión que nos llamaba a la reflexión.

Quizás soy de los que menos oportunidad tuve de conocer a esa personalidad, por la edad o por el tiempo que llevan otros colegas en esta Cámara y en este Parlamento, pero no dejo de recordar a Eduardo Ferrer; su sola presencia hacía que se destacara. Creo que él era de otra época y rescataba de la misma lo mejor. En el mundo de las comunicaciones, de la tecnología, de la información en línea, al momento, en directo, Eduardo andaba con un bloc y unas lapiceras y tenía una escritura rapidita, apretada y alargada que dejaba ver cuando pasaba su bloc página por página. Si bien es cierto que era el primero que preguntaba o el que decía a alguno de sus colegas que comenzara, porque sabía que alguno de ellos tenía la pregunta inicial más interesante, también es cierto que, terminadas las notas y finalizadas las preguntas, él tenía una o dos aclaraciones que hacía mientras el resto de los periodistas se iban yendo. Era muy agudo al preguntar y al escribir, pero en el don de la ubicación que tenía, señor Presidente, algunas de las repreguntas que tenía para hacer prefería plantearlas a solas, cara a cara, sin otros testigos.

Señor Presidente: creo que la vida hay que vivirla y cuando una persona empieza a deteriorarse en su salud -sé que lo que voy a decir es muy duro, pero es lo que quisiera para mí- cuando su físico no le da respuestas, a mi juicio la vida debería terminar de golpe, dejando la visión y la imagen -en lo personal quisiera que así me recuerden- de mayor vitalidad. Quizás la vida me dio la suerte de no ver el deterioro físico de Eduardo, por lo que lo recuerdo, lo imagino y lo evoco en su máxima vitalidad. Eso nadie me lo va a quitar.

Se hablaba de que Eduardo tenía un profundo humor. Era un hombre de un agudo humor y éste tenía una compañera insalvable que permanentemente recuerdo al evocar a Eduardo. Lo estoy haciendo ahora, señor Presidente; no lo puedo olvidar ni borrar. Me refiero a una sonrisa muy especial. Todo el que se acuerde de Eduardo Ferrer recordará que cada vez que él se despedía con su humor, lo hacía con esa sonrisa. Así lo recuerda quien habla, señor Presidente.

SEÑOR GANDINI.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE (Sr. Wilson Sanabria).- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR GANDINI.- No acostumbro a hacer uso de la palabra en este tipo de homenajes, porque cuando uno asume esa responsabilidad, siempre lo hace cargado de sentimientos y es muy difícil trasladar éstos a las palabras. Generalmente, después de terminar, siente que se quedó corto y que no pudo trasladar realmente lo que sentía. Sin embargo, no podía permanecer en silencio cuando se trata de hacer un tan justo homenaje a alguien que para muchos de nosotros significó un punto de referencia profesional y humano.

Seguramente no conocí durante tanto tiempo a Eduardo Ferrer como otros colegas de este Cuerpo. Aunque lo conocí como integrante de esta Cámara, no tuve con él una relación de amistad. Me parece que una amistad lleva a una relación que va más allá del ámbito donde uno desempeña sus tareas. Sin embargo, mutuamente construimos una relación de afectos estrechos, de confesiones y de consejos mutuos, muchos más de los que he recibido y de los que pude dar.

Creo que Ferrer honró a la profesión de periodista porque la llevó adelante con un enorme respeto, con gran dignidad -como todo lo que hizo- y con una sabiduría que, en muchos casos, nos enseñó a distinguir quién desempeñaba bien esa tarea y quién no lo hacía. Como en todas las profesiones, están los que la llevan con dignidad y altura y los que no lo pueden hacer.

Combinando las mencionadas características humanas, siempre llegó para abrirse paso en su tarea profesional. A mi Secretaría siempre arribó con un chiste, con un tango o con un verso. Creo que tenemos guardado un himno que nos escribió y nos cantó a quienes integramos nuestro despacho y militamos en la lista 250. Nos honró con un rato de su ingenio, de su creatividad y de su voz escribiendo y cantando un tango. Siempre con humor llegó a lo más profundo. Con una actitud humilde y llana abrió las puertas de despachos que para otros eran más difíciles de abrir o estaban cerradas y me parece que eso también es parte de la sabiduría.

Como aquí también se mencionó, nos encontramos con ese periodista que, acompañado muchas veces de otro, llegaba al despacho y, mientras otros prendían el grabador para que uno hablara haciendo una nota para radio, por ejemplo, él escribía. No recuerdo el bloc, pero sí muchas de las hojas que recibimos en innumerable cantidad de repartidos, recicladas en su reverso blanco para escribirlas con su bolígrafo azul, utilizando primero todo el ancho de la hoja y, al final, como una pirámide invertida, un espacio de unos pocos centímetros. Pasando hojas de ésas iba recogiendo, a una velocidad inferior a aquella a la que uno hablaba, los conceptos y los pensamientos. Jamás recogió algo incorrecto -al menos en mi caso- o que constituyera una omisión, una duda o una mala interpretación. Además, tenía la posibilidad de abrir al final un respetuoso diálogo para sugerir, incluso, algún cambio de expresión o para dar su opinión acerca de lo que podía significar lo dicho. En ese momento, con inteligencia, repasaba lo escrito para asegurarse de que fuera exactamente lo que uno quería decir.

Y en esa relación de diálogo, más allá del grabador, con muchos de nosotros fue cultivando una relación que ocupó mucho más tiempo del que uno tenía para incursionar por los caminos de la vida personal, de las opiniones políticas y también por otros temas, como por ejemplo, el deporte, la música o la literatura.

Me honré en conocerlo; tengo la tristeza de su pérdida pero, al mismo tiempo, la satisfacción de haberlo conocido. Aprendí muchas cosas de los consejos que me dio, a veces con energía; calmó más de una vez mis ímpetus, mi carácter, con una palabra que ponía ponderación y medida. Alguna vez tuvimos un encuentro o desencuentro con la prensa y hallamos en Ferrer no al periodista mediador, sino al compañero que aportó elementos para ver un poco más lejos y la salida adecuada al enfrentamiento.

Debo decir que con él no tuve una relación de esas que pudieron haber tenido otros Legisladores de su misma generación; siento que a veces me trataba como a un hijo, no con el afecto que supone esa relación, pero sí con la distancia de la edad y el afecto que se dedica a alguien como para que no se equivoque de camino. A partir de allí también tuve oportunidad de conocer un poco sus afectos personales y a su familia.

Quisiera terminar con una referencia personal hacia su familia, a sus hijos -particularmente a Mariana, a quien más conozco por otras circunstancias- a sus nietos pequeños y al que está por venir en estos días y que no pudo conocer. Deseo que sepan que aquí quedan compañeros de labor que supimos quererlo, lo respetamos mucho, aprendimos de él y sentimos que fue un hombre que supo honrar su profesión, así como la relación entre los periodistas parlamentarios y los parlamentarios. Fue un hombre que llevó su profesión y su vida con dignidad, así como llevó su muerte. Me consta que en estos meses en que no lo vimos dio una lucha enérgica y denodada contra su enfermedad, sabiendo que era una batalla perdida, pero lo hizo, insisto, con dignidad, con entereza, y sin querer que lo viéramos para poder mantener, tanto él como nosotros, la imagen que tuvimos de lo principal de Eduardo Ferrer: su buen humor, su vitalidad, su carcajada de inicio y de final de cada charla, su chiste, y esa bondad que trasmitía a cada momento. Que sepan, entonces, sus familiares, que además del reconocimiento al periodista, muchos de nosotros le profesamos un gran cariño a la persona de Eduardo Ferrer.

SEÑOR PRESIDENTE (Sr. Wilson Sanabria).- Tiene la palabra el señor Senador Sarthou.

SEÑOR SARTHOU.- En realidad, me siento representado por las emocionadas palabras del señor Senador Korzeniak, quien me consta que era muy amigo de él, así como por lo expresado por los demás señores Senadores. Tal vez uno pensaría que no son necesarias otras palabras, pero de no hacerlo sentiría que le fallé. Por lo tanto, a pesar de que ya se han mencionado claramente todos los aspectos de su personalidad, me siento en la necesidad de decir que aquí estoy, en este momento, y tengo algo que agregar con respecto a Eduardo Ferrer.

Al igual que el señor Senador Gandini, debo decir que no fui amigo de él porque no tuvimos un trato intenso, pero todos sabemos que el rol del político tiene una especie de contrapartida o contracara, que es la del periodista, ya que la prensa es la forma de comunicación que aquél tiene; son como dos partes unidas en el hacer.

Tengo la sensación de que Eduardo Ferrer tenía una condición muy especial como ser humano. Una vez me sorprendió al pedirme una entrevista; llegó, se sentó y le pregunté sobre qué temas íbamos a hablar, ya que muchas veces no sabemos qué es lo que interesa al periodista. Me dijo que no se iba a tratar ningún tema en particular; empezó a desgranar su charla y entonces entendí que lo que quería era explicarme por qué yo no era reporteado por él con frecuencia. Cuando se retiró quedé asombrado de que este hombre sintiera el deber y la lealtad de venir a explicarme -yo contaba con esta información por otra vía- sus razones. Sentí que él estaba dándome un mensaje y que no era imprescindible hacerlo. Había un grado de lealtad extraordinario en el hecho de venir a explicarme por qué no me reporteaba y sentí que me estaba aportando un dato humano de mucha relevancia.

Asimismo, cabe resaltar su preocupación en cuanto a la lealtad en la trasmisión de su información -como se ha señalado anteriormente- y hasta dónde llegaba el ámbito de sus posibilidades de periodista e, inclusive, dónde empezaban los terrenos de una redacción en la que él no era dueño de los títulos, etcétera. Se trata de una preocupación esencial: la lealtad en el oficio.

Recién señalaba el señor Senador Michelini que Ferrer demoraba, sobre todo teniendo en cuenta la época de tecnología en que vivimos. Era un demorado en algunas virtudes de lo uruguayo, con menos vértigo, con menos intensidad; un demorado en cualidades humanas que no es fácil encontrar. Por eso se explica, tal vez, que quien no conoce esta relación del periodista con el político no pueda sentir la importancia del homenaje que se ha brindado a Eduardo Ferrer. Creo que él fue un triunfador en su profesión, en su rol, en su oficio dignificado y pleno, y todo lo que aquí se ha dicho al respecto así lo demuestra.

Por mi parte, desconocía que se encontrara en una etapa tan grave de su enfermedad y que el proceso se hubiera agudizado hasta llegar a su desaparición física; por eso hoy me sorprendí al enterarme de su deceso. Lo que me parece extraño es que a pesar de no haber frecuentado demasiado a alguien, sin embargo, siento que tuvo una fuerte personalidad. En realidad, no se sabe realmente cuando alguien se destaca de esa forma en su actividad; se trata de aristas, modalidades, un estilo, pero Ferrer era un referente en su papel de periodista en esta Casa.

Mi saludo a su familia, a la que no conozco, y vaya mi reconocimiento a esa peculiaridad que no todos los hombres logran en una determinada actividad u oficio.

SEÑOR PRESIDENTE (Sr. Wilson Sanabria).- Tiene la palabra el señor Senador Virgili.

SEÑOR VIRGILI.- Señor Presidente: no podíamos dejar pasar este momento sin expresar nuestro sentir en relación con la pérdida de este gran periodista.

Conocimos al amigo Ferrer en oportunidad de festejar los cien años de nuestro pueblo, Los Cerrillos, donde invitamos a mucha gente, entre ella, a este formidable periodista. Allí pasamos un día de júbilo y de alegría, y fue donde comenzamos a conversar con el amigo Ferrer, lo que seguimos haciendo con el paso del tiempo. Es más; puedo decir que nos encontrábamos en forma casi permanente porque voy asiduamente a la sala Dardo Ortiz y debía pasar por donde él solía estar. Era un hombre afable y cordial, que se brindaba por entero, tenía muy buen humor y siempre recordaba aquel acontecimiento, aquel día tan agradable que pasamos en Los Cerrillos. Ferrer sabía lograr que uno se sintiera cómodo y feliz conversando con él. Muchas veces encontrábamos su puerta cerrada pero en otras oportunidades nos acercábamos a conversar.

Hoy nos enteramos de su deceso y creemos que hemos perdido a un hombre con quien había un diálogo frecuente, porque era lindo conversar con él, porque en lo intenso de su vivir siempre tenía algo importante para decir.

Hoy lamentamos que no esté más con nosotros. No obstante ello, seguiremos recordando a aquel hombre dicharachero y bonachón. Digo más; me siento feliz de no haberlo visto en este tiempo, puesto que seguramente hubiese sentido mucho dolor al encontrarlo perdiendo su vitalidad. No tengo dudas de que eso nos hubiera afectado mucho. En realidad, como hace dos meses que no veníamos, no tuvimos oportunidad de encontrarlo; hoy ya no está más con nosotros.

Vaya para su familia nuestra solidaridad en este momento tan difícil.

Nada más, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE (Sr. Wilson Sanabria).- Tiene la palabra la señora Senadora Arismendi.

SEÑORA ARISMENDI.- En realidad, señor Presidente, quiero decir muy pocas palabras porque siento que lo que está ha-

ciendo el Senado en el día de hoy no es cumplir con una formalidad. Creo que a través de las manifestaciones que han vertido los señores Senadores, se trasluce un sentimiento que todos tenemos esta tarde y que seguramente nos va a acompañar durante mucho tiempo.

Entre otras cosas, quería hacer uso de la palabra porque lamento profundamente tener que decir estas cosas hoy y no habérselas dicho al periodista y compañero que tuvimos todos estos años. Lo conocí en este Período parlamentario en una manera similar a la que expresó el señor Senador Sarthou, cuando llegó hasta el despacho, se presentó y comenzó a hablar acerca de cómo veía su trabajo y a explicar, con muchísimo respeto hacia el trabajo de los parlamentarios, por qué no siempre hacía entrevistas o concurría en la medida en que no tuviera la certeza de que la conversación luego no fuera a ser publicada. Fue un gesto que nosotros sentimos como muy importante en el momento en que comenzábamos nuestra labor. Allí nos dio muestra de un gran profesionalismo pero, sobre todas las cosas, de una gran capacidad en lo que hace al relacionamiento humano.

Lamento no haberle dicho a él lo que en otras instancias, en comentarios informales, expresaba explicando lo que para mí eran las posibilidades de la difusión de lo que se hace dentro del ámbito parlamentario. En esas ocasiones, siempre repetía que cuando leía una crónica parlamentaria de una sesión escrita por Ferrer, me daba cuenta de que yo había estado en esa sesión, lo que no siempre me sucede. Esa crónica reflejaba una sesión que yo había visto, oído, en la cual había participado y sentido de la misma manera como luego lo reflejaba en el papel.

Muchas veces, en los corredores, en épocas que no eran fáciles, en momentos que no eran sencillos, el saludo y la charla fue siempre un aliciente y un aporte de calidez y afecto.

Tal como se expresó en Sala, es posible que representara otra época, pero creo que Eduardo Ferrer para nosotros significaba valores que esperamos nos sigan enriqueciendo.

Sentía la necesidad de decir todo esto y hacérselo llegar a su familia porque lamento profundamente no haber tenido el coraje, quizás, para habérselo dicho personalmente y para haberle dado las gracias por tantos respaldos y por ese profesionalismo que honra a su profesión y que aspiramos perdure y que crezca en tantas otras generaciones de jóvenes periodistas que hoy nos acompañan en la labor parlamentaria.

Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE (Sr. Wilson Sanabria).- Tiene la palabra el señor Presidente del Cuerpo, licenciado Hugo Fernández Faingold.

SEÑOR FERNANDEZ FAINGOLD.- Sin duda, en las palabras de cada uno de los señores Senadores aparece un homenaje sentido a la figura de este amigo y periodista. Tal vez el más grato de los homenajes es el que se le ha tributado en forma colectiva. Aquí no ha habido opiniones contradictorias ni historias demasiado diferentes; no se han narrado características profesionales o personales diferentes. Las anécdotas apuntan todas a pintar el mismo cuadro. Ferrer no era, como muchos, distinto según con quien hablara, ni dejaba, en uno u otro la mejor sensación para tener la continuidad de una relación profesional. Era como era, y lo que aquí todos han contado en la infinidad de anécdotas que se han volcado en el Senado y las que quedan en la memoria de cada uno, en definitiva, muestran lo mismo. Ese es el más grande de los homenajes. Ningún ser humano es mejor que aquel que se parece a sí mismo en cada una de las cosas que hace y que no tiene ni muchas caras ni muchos discursos, sino que tiene -como es el caso de Ferrer- el discurso directo de la sencillez, de la bonhomía y de la humildad.

Señor Presidente: lo que es claro es que en la apreciación de los seres humanos, además de estas sensaciones colectivas que se van armando a lo largo del tiempo, también priman las más personales, las que surgen no tanto de la cabeza sino del corazón, las que tal vez no sean dichas sino sentidas, las que quizás no sean tanto contadas como vistas en conductas repetidas al punto de generar la certeza de que representan la personalidad toda. Es en ese sentido y a ese Eduardo Ferrer al que hoy quiero dar mi sentida despedida personal.

Si pudo generar en el colectivo del Senado el respeto y la admiración que hoy hemos expresado todos, pudo generar también en el alma y en el espíritu de cada uno de nosotros el sentimiento único e intransferible de un ser humano que actuaba con los seres humanos como era y como los demás lo veían y percibían. A ese Ferrer personal e intransferible que cada uno de nosotros llevamos en la memoria es al que hoy tributo el homenaje de humanidad, gentileza, hombría de bien y caballerosidad; por cierto, de humor, de chispa, de tango, de anécdota, de chistes de distintos tonos, de protagonismo entre sus colegas y entre nosotros cuando se lo proponía. En un mundo de protagonistas, el serlo no es siempre fácil, salvo que uno sea Eduardo Ferrer, quien lo era cuando se le antojaba, entre Senadores, periodistas, funcionarios o ante quien acababa de conocer. En esa autenticidad de parecerse a uno mismo el protagonismo suele ser natural y la expresión más fiel en la forma de relacionarse.

Amigo de sus amigos, crítico ácido en la intimidad y, a veces también públicamente, la última vez que con los periodistas compartió una “bizcochada” para hablar de temas pendientes del Senado, el último viernes de algún mes, supo llegar con toda la dignidad de la primera ayuda electrónica que no era un grabador, sino un amplificador de su voz para que, en esa que terminó siendo la última vez que se reunía con sus colegas en la Presidencia del Senado a comer unos bizcochos y a hablar del Parlamento, su voz se pudiese escuchar.

Todos lo recordamos, y lo vamos a seguir recordando con ese sabor agridulce, amargo, de haberlo conocido, de haberlo valorado como ser humano, de haberlo reconocido como amigo y como un interlocutor de fuste en cualquiera de los temas,

porque cuando nos preguntaba, sabía de qué estaba hablando; no venía a averiguar, sino a pedir una opinión sobre un tema que él conocía y sobre el cual, además, señor Presidente, tenía su opinión, y a pesar de que nunca permitía que interfiriese con su profesión, jamás la ocultó.

En definitiva, nada hay más importante, insisto, que parecerse a sí mismo. Esa es la gran lección de humanidad, de hombría de bien de Eduardo Ferrer, a quien hoy, en este tono despido por la relación intransferible que tuvo con quien habla, como la tuvo con todos los demás. En honor a esa relación, porque la colectiva ya está y es el mejor de los homenajes, es que hoy pronuncio estas palabras, señor Presidente.

Como no sé si el trámite fue planteado, solicito al Cuerpo en forma muy especial que se realice, como homenaje a Eduardo Ferrer, un minuto de silencio de parte de los señores Senadores y de quienes están presentes en la Barra. Asimismo, voy a pedir que la versión taquigráfica de las expresiones vertidas en el Senado se remita a sus familiares.

SEÑOR PRESIDENTE (Sr. Wilson Sanabria).- Ha llegado a la Mesa una moción formulada por el señor Senador Gargano.

Léase.

(Se lee:)

"Hacemos moción para que el Senado de la República, en homenaje a don Eduardo Ferrer, guarde un minuto de silencio y envíe a sus familiares las palabras pronunciadas en Sala.

Reinaldo Gargano. Senador"

-Si no se hace uso de la palabra, se va a votar la moción formulada por el señor Senador Gargano.

(Se vota:)

-27 en 27. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

La Mesa invita a los señores Senadores y a la Barra a ponerse de pie y guardar un minuto de silencio en homenaje a Eduardo Ferrer.

(Así se hace)

5) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE (Sr. Wilson Sanabria).- No habiendo más asuntos que considerar, se levanta la sesión.

(Así se hace, a la hora 17 y 39 minutos, presidiendo el señor Senador **Sanabria** y estando presentes el señor Presidente del Senado, **Lic. Fernández Faingold** y los señores Senadores **Arismendi, Astori, Bentancur, Bergstein, Caviglia, Cid, Couriel, Chiruchi**, **Dalmás, Gandini, Garat, García Costa, Gargano, Irurtia, Iturria, Korzeniak, Michelini, Millor, Pais, Pereyra, Pozzolo, Ricaldoni, Sanabria, Sarthou** y **Segovia**.)

LIC. HUGO FERNANDEZ FAINGOLD
Presidente

Sr. Mario Farachio
Lic. Jorge Moreira Parsons
Secretarios

Sr. Freddy A. Massimino
Director General del Cuerpo de Taquígrafos

Corrección y Control
División Publicaciones del Senado
Dep. Legal Nº 205147/99